

SE SUSCRIBE EN TOLEDO, LIBRERÍA DE FANDO.

SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS.

Este Boletín está dedicado á la circulacion de las comunicaciones oficiales del Arzobispado y demás que convenga al interés del Clero.



Los señores eclesiásticos que no le reciban á tiempo, harán la reclamacion dentro del término de 20 dias, pasados los cuales no será atendida.

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE TOLEDO.

SECRETARIA DE ORDENES DEL ARZOBISPADO.

Nuestro Emmo. Prelado celebró órdenes generales en el oratorio de su Palacio en los dias 20 y 21 del corriente, confiriéndolos á los Sres. que á continuacion se expresan:

Primera Tonsura.

D. Saturnino Simon Arenas y Delgado.
Eugenio José de Arjona y Laurina.
Luis Eugenio del Campo y Merino.
Meliton Soto y Santos.
Ramon Casado y Real.

Primera Tonsura y cuatro órdenes menores.

D. Tomás Dispierto y Gomez.
Tomás Bajo.

Cuatro órdenes menores.

D. Isaac Antonio Vazquez Pons.
Wenceslao Saanquesa Guia.
Vicente Ramirez y Fernandez.

Cuatro órdenes menores y Epistola.

D. Sotero Gil y Goiri.
Raimundo Garcia Tizon.
Lorenzo Delgado.
Luis Nuñez y Cruz.

Subdiaconado.

D. Domingo Gomez Donoso.

D. Gregorio Garcia Moya.
Pedro Pinto y Castellanos.
Agapito Pedro Garcia de los Huertos y Garcia Yébenes.
Tomás del Cueto y Garcia.

Diaconado.

D. Antonio Simo y Lozano.
Domingo Rivera y Jimenez.
Venancio Pastrana y Plaza.
Luis Ramon Diaz y Garcia.
Wenceslao Fernandez.
Galo Garcia del Moral.
Antonio Lopez Gallego.

Presbiterado.

Dr. D. Santiago Martin Gutierrez.
D. Casimiro Piñera y Naredo.
Galo Martin.
Luis Delgado y Girard.
Miguel Múnera y Moya.
José Rubio y Manzanares.
Cándido Martin Gutierrez.
Trinidad Lopez Coco.
José Gregorio Llaguno de la Arena.
Venancio Castañeda Loaisa.
Nicolás Padilla y Losa.

Toledo 21 de Diciembre de 1861. — José Rodriguez y Beltran, Secretario.

SECRETARÍA DE CÁMARA Y GOBIERNO

DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO.

Nuestro Emmo. y amadísimo Prelado, con fecha 20 del corriente, mandó entregar á los señores Presidentes de los diversos establecimientos de Beneficencia del Arzobispado, segun acostumbra anualmente repartir para tan privilegiado objeto, las cantidades siguientes:

	Reales vellon.
Al Excmo. Sr. Gobernador civil de Madrid.	50.000
Al Sr. Gobernador civil de Toledo.	20.000
Al de Ciudad-Real.	4.000
Al de Guadalajara.	4.000
Al Sr. Alcalde Presidente de la Junta de Beneficencia de Toledo.	8.000
Al de Daimiel.	3.000
Al de Villatobas.	2.000
Al de Villacañas.	4.000
Al de Alcázar de San Juan.	2.000
Al de Valdemoro.	2.000
Al de Ocaña.	3.000
TOTAL.	102.000

El 23 del corriente S. Ema. ordenó á su Sr. Mayordomo repartiéra entre los pobres de esta ciudad de Toledo pan de la mejor calidad, y con tan oportuna limosna fueron socorridas dos mil quinientas familias, las cuales bendicen á su solícito y caritativo Prelado.

CONFERENCIAS

PRONUNCIADAS EN LA CATEDRAL DE PARÍS

por

EL PADRE FELIX, DE LA COMPAÑIA DE JESUS,

EN 1861.

CONFERENCIA SEGUNDA.

(Conclusion.)

»Mi corazón me grita que puedo y debo contar con el indefectible amor de Vd. pero mi razón no me enseña que puedo tener por infalible su palabra. ¿Ha consultado Vd. por ventura todos los oráculos de la ciencia? Para afirmar lo que Vd. afirma, necesito ver ó creer; ver lo que la

»evidencia me muestre, ó creer lo que me afirme una autoridad. Evidencia, no la tengo, ¿cuál es la autoridad de Vd.?»—

A semejante discurso del niño razonador, podría responder el padre católico: «Cierto es, hijo mio, que yo no soy sino un mero hombre como otro cualquiera; que no he profundizado el misterio de las cosas ni cultivado la ciencia; bien es verdad, que aunque así lo hubiera hecho, mi palabra no por eso sería ménos falible, ni correría menor riesgo de hacer traición á la verdad, y á tí. Tienes, pues, razón en pensar que si yo hablase nada más que de mi cuenta propia; si para autorizar mis afirmaciones y fundar tu inteligencia, no tuviese otro título, jamás hubiera osado articular ante tí este dogma decisivo que resuelve todo problema de tu vida. Pero, hijo mio, no es así la cosa; y te hablo con seguridad; porque para hacerlo no está mi palabra sola, sino que la verdad que yo te enseño, está sostenida por millones de palabras, mi afirmación está sustentada en millones de afirmaciones. ¿Quieres saber cual es mi autoridad? Pues escucha: Lo que te afirmo, te lo afirmo con doscientos mil Sacerdotes y doscientos millones de católicos, multiplicados por todas las generaciones que durante dos mil años han habitado la tierra; te lo afirmo con catorce millones de mártires, te lo afirmo con más de veinte millones de Apóstoles; te lo afirmo con más de cien millones de vírgenes, confesores y Santos. Te lo afirmo también con innumerables legiones de filósofos, teólogos, doctores, oradores, escritores, sábios y eruditos, unánimes todos, en el tiempo presente como en el pasado, para afirmar con sus palabras las verdades que yo te enseño con la mía. Si; tengo conmigo á la ciencia, al genio, á la elocuencia, á la virtud, á la santidad, al heroísmo; tengo á todos los Crisóstomos, á todos los Agustines, Gerónimos, Ambrosios, Buenaventuras, Anselmos, Tomases de Aquino, y á tantos otros que de tantos siglos acá, se van sucediendo en el mundo católico; tengo conmigo á la duración, tengo al espacio; tengo al tiempo y á la eternidad; tengo al Cielo y á la tierra, tengo á los hombres, y tengo á Dios. Si, hijo mio, en cuanto te afirmo, tengo conmigo á Dios, pues este Verbo que te estoy enseñando, es engendrado del seno de Dios, de Dios mismo, y vive eternamente en su Iglesia para enseñar á todo hombre; y este Verbo Eterno es el mismo que, por la voz del Pontífice, que está en Roma, y por la del Obispo que repite la palabra del Pontífice, y por la del pastor que repite la palabra del Obispo, y así de grado

en grado y de eco en eco, hasta la palabra de tu padre que ahora te está hablando; ese Verbo Eterno es el que acaba de resonar en tu infantil inteligencia. Necesario es, por tanto, hijo mio, creer en la palabra de Dios, que á tí llega procediendo de la más grande autoridad que jamás ha visto el universo.»

Oyendo estoy ya la objecion que algunos de vosotros me dirigen en su mente:—«¿Qué importan, decís, al niño, esa doctrina ni esa autoridad, para el convencimiento de su razon? ¿Cómo puede racionalmente admitir la enseñanza de esa doctrina que no comprende, ni el testimonio de esa autoridad que no se explica, pues él cree sin comprender la primera ni juzgar la segunda? ¿Cómo, pues, se quiere fundar á un sér racional sobre una base aceptada sin prévio exámen de su razon?»

Esta objecion os ocurre porque no habeis examinado la naturaleza inmutable del niño, que no se trocará, hagais lo que hiciérais. Si, señores: el niño cree desde luego sin comprender, y acepta sin examinar. Esta es una necesidad de su vida intelectual, moral y religiosa; y de ningun modo recibe los elementos de su vida, la base de su vida ni el punto de partida de su existencia, sino por medio de una verdad que se le pone delante, y de una autoridad que se le afirma. Contemplad aquí conmigo, antes que acabemos, toda la hermosura de la obra de Dios, y vereis como este asentimiento que el niño presta instantáneamente á la autoridad que le afirma una verdad, y á la verdad enunciada por ella, va poco á poco iluminándose con una claridad progresiva, hasta llegar á reconocerse á sí propio como eminentemente razonable.

Esta docil aceptacion de la verdad y de la autoridad, va, digo, iluminándose por sí misma, y á medida que el niño va creciendo, con todo el progreso de su razon incipiente. En aquella inteligencia donde la verdad ha sido sembrada, por decirlo así, en lo oscuro, levántase una aurora progresiva que le muestra al fin en todo su esplendor la verdad y la autoridad que comenzó aceptando bajo la fe de agaña palabra. O mejor dicho, en aquella alma jóven que ha recibido el presente de una doble vida, surgirán dos auroras que se compenetrán multiplicando sus reciprocos resplandores; la aurora de las verdades naturales, y la de las sobrenaturales.

A medida que el niño crece y su razon se va fortificando, ilumínase ante él más y más el orden y la armonía de las verdades naturales sembradas en su inteligencia por el Verbo creador y germi-

nadas á influjo de la palabra social: á la palabra externa del niño, responde su palabra interna, y no tarda en advertir que las voces exteriores no son sino ecos de la voz que él oye dentro de sí, y entónces discurre sobre lo que ántes se habia limitado á afirmar, llegando á demostrárselo, sin haberlo jamás puesto en duda. Pero el razonamiento no es en él punto de partida, sino un paso hácia adelante que dá en el mundo de lo inteligible, no es base del edificio, sino cima; cima, que será tanto más elevada y magnífica cuanto la base penetre más en el inmutable fondo de los principios.

Esto que con el niño pasa en lo relativo al orden natural, pasa tambien en el orden de las verdades sobrenaturales comunicadas á su alma por el Verbo revelador. Con el bautismo fué echada en él esta simiente divina y en él sigue como el grano en la tierra. Hay una luz infusa, pero latente, que alumbrá al jóven bautizado, aun ántes de que ejerza su razon; y cuando la Iglesia católica llega luego y exteriormente le afirma el dogma revelado, diciéndole:—«Niño, hay un Dios verdadero, y Tres Personas en El:» entónces el Verbo interno, depositado en el alma de aquel catecúmeno de siete años de edad, responde al Verbo externo, y la luz conoce á la luz; la inteligencia del niño, movida por un acto directo de la gracia, es decir, por una iluminacion interior del Verbo, asiente á la palabra de la Iglesia que exteriormente le hace oír la palabra de la fé: *Fides ex auditu, auditus autem per verbum Dei.*

Por consiguiente, ya veis, señores, cómo en esta region superior de lo sobrenatural, sucede al niño lo propio casi que en el orden natural: todo comienza en él por la afirmacion absoluta y el dogma definido, pero no para inmovilizarse y petrificarse en su inteligencia, sino para desenvolverse con la edad por medio de un conocimiento progresivo. No, no creais que aquellos principios de la razon y estos dogmas de la revelacion, afirmados á la infancia por la palabra del padre y por la de la Iglesia respectivamente, queden para toda la vida sin claridad, como estátuas erigidas en las tinieblas, no; á medida que el niño va creciendo, vánse iluminando mejor, con progreso imperceptible sí, pero positivo, aquellos dos mundos del pensamiento, y el niño va descubriendo sus cimas, sus múltiples relaciones, descubriendo la conveniencia, el orden, la hermosura y fecundidad de aquellas verdades que habia creído primero sin comprenderlas y hasta sin idea de lo que es el

creer ni comprender. Al llegar á este punto, no solamente cree, sino ve que cree con razon, y lo ve tanto mejor cuanto mire con ojos más limpios y exentos de la nube de las pasiones humanas; entónces se le aparece el mundo de la fe, radiante con los esplendores de la razon, al propio tiempo que el mundo de las verdades racionales se le aparece iluminado con los divinos reflejos del astro de la fe; entónces le parece mas razonable todo lo que la razon enseña; y la razon misma, descubriéndole, á la luz de la historia, los fundamentos del mundo superior á la razon, confirma su fe con todo lo que le muestra y con todo lo que le deja escondido.

De este modo se desenvuelve la inteligencia del niño, lo propio en el orden natural que en el sobrenatural, por medio de un crecimiento paralelo, de un progreso continuo. Vanamente buscareis en este crecimiento una solucion de continuidad porque no la hay: el niño no ha dejado de crecer, y jamas ha dudado; há siempre afirmado, negado nunca; cada hora del tiempo, cada respiracion de su vida, cada mirada dirigida á Dios, al mundo y á sí mismo, le han mostrado más y más cuánta razon tiene para creer; y su inteligencia, que nació entre sombras, envuelta en los pañales de la fe, bñase ya gozosa con su propia luz, como un sol cuyo esplendor va aumentando incesantemente hasta que, llegado á su apogeo, luce en la plenitud de sus fulgores.

Entónces ¡oh! entónces el cristiano posee no solamente el goce, sino tambien el entusiasmo de la verdad, que lo invita á sus festines, y en torrentes de luz le da como santa embriaguez. Hijos desdichados de un siglo escéptico, naufragos de la fe, ¡ah! vosotros no conoceis estos goces puros que, al difundirse en el alma humana por una autoridad divina, darrama la verdad sobre las inteligencias llegadas á madurez: no conoceis la suavidad de sus perfumes ni el esplendor de su luz. Algunos de entre vosotros han tenido la dicha de recoger en paz los restos de sus creencias dispersadas por las tempestades; pero no todos habeis conocido en su plenitud la incomparable dicha de una fe jamas conmovida, cada vez más razonable y más radiante cada hora: ¡dicha incomparable, si, la de haber recibido con sencillez la verdad para poseerla luego iluminada con los fulgores de la ciencia, de la evidencia y de la razon! Yo he probado esa dicha, y mi alma inundada de gratitud necesita contar aquí á la vuestra este beneficio que debo á los hombres y á Dios. ¡Oh beneficio sin igual de la fe, adquirida

por la educacion católica, y acrecentada con incesante progreso por entre las pruebas de la vida! Nunca te olvidaré. En este abundoso brillo que circundaba mi fe, cada vez más pura y radiante, he probado en lo más íntimo de mi alma goces que no tendrán superior sino en aquel eterno cara á cara, que ha de ser inefable goce de la patria inmortal. ¡Oh, Dios! Cuántas veces en silencioso recogimiento, á solas con la verdad, es decir, con vos mismo, inundado en los reflejos de esta fe depositada en mi alma sencilla por una madre que no sabia sino creer en vuestra palabra; cuántas veces, digo, saltando de gozo mi corazon y arrasados mis ojos de lágrimas, he exclamado:— ¡Dios mio! ¡Bendito seais por haber revelado vuestro Verbo á mi primera infancia! ¡Oh Religion divina, oh santa Iglesia, mi madre, verdadera maestra de las inteligencias! Si los hombres os conociesen, si conociesen esta ventura de creer desde la infancia con luz y serenidad cada vez más grande, ¡ah! ¡què intensamente anhelarian lo que para todos los niños anhela mi corazon de hermano y mi alma de apóstol; hallar en Jesucristo, revelado por la educacion cristiana, los verdaderos goces del espíritu, los verdaderos progresos de la inteligencia!

(Se continuará.)

ANUNCIO.

Se halla vacante la plaza de sacristan organista, por fallecimiento del anterior, de la Iglesia parroquial del Casar de Talamanca, provincia y partido de Guadalajara, de donde dista cuatro leguas, siete de Madrid, cinco de Alcalá y dos de Torrelaguna: su dotacion consiste en 1.200 reales que satisface la fábrica anualmente y la tercera parte de pie de altar, siendo su vecindario de 230 vecinos: las solicitudes se dirigirán al Sr. Cura párroco hasta el 20 de Enero del próximo año de 1862.

Editor, D. Severiano Lopez Fando.

TOLEDO:—1861.

IMPRESA DEL MISMO, ANCHA 31, Y NUNCIO VIEJO 13.